Juan Ramón Jiménez y él

Uno de los textos más atrayentes de Jorge Luis Borges es aquel, incluido en *El Hacedor,* que se titula "Borges y yo". Se pregunta el autor si, al fin de tantas páginas, él mismo no vendrá a ser un producto literario. Y la última frase nos permite pensar que la tragedia es ya tan grande que, tal vez, esa reflexión es sólo literatura.

Juan Ramón Jiménez se inventa literariamente en varias ocasiones. No es momento de detenerse a hacer un cómputo, solamente repasaré una anécdota que nos cuenta, al menos en dos versiones.

La primera constituye el texto 13 de "Vida y época", según la edición de *Libros de prosa I* (Madrid. Aguilar, 1969), preparada por Francisco Garfias. Es el siguiente:

EL POEMA

No me acuerdo del periódico: "La Saeta", "Sol y Sombra", "Piripilipi", algo así. Del título de la cosa, tampoco. Pero era una imitación de una cursilería de Campoamor, dulzona, redicha. Y abajo, Juan R. Jiménez.

Vinieron a Fuentepiña los hijos de don Juan Verdejo y me trajeron el periódico.

—Muy bien, don Juan; gracias que leemos algo de usted. Ya nos sabemos los versos de memoria.

Y me los recitaban a coro.

¡Qué horror! Como no les iba a pegar, me callé. Tenía perdida la pelea. ¿Quién iba a convencer a aquellos muchachos de que aquello era lo que era?

—Pero ¿Por qué se pone usted así? Si están muy bien, don Juan, si son preciosos...

¡Qué calor y qué malestar! ¿Qué canalla burdo había sido capaz de aquello?

Y los muchachos:
—¡Qué talento, don Juan; qué preciosidad...!

Entre los manuscritos de Juan Ramón Jiménez quedaba otra versión, más amplia, y con variantes notables, del hecho. Me proporciona amablemente el texto la familia del poeta, para que lo incluya en mi antología *Sevilla en Juan Ramón Jiménez* (ya publicada cuando aparece este volumen: Sevilla, Servicio de publicaciones del Ayuntamiento). Trascribo a continuación los párrafos que aquí nos importan:

Un día en el tren, vi en El Noticiero Sevillano *mi firma. Intrigado, nervioso, leí deprisa el poema que estaba sobre mi firma. Aquello no era mío. Escribí al* Noticiero *protestando y enviando de camino unos versos, «El cohete». Los publicaron al día siguiente, pero no me contestaron sobre mi asunto. Seguí enviando versos y prosas a distintos diarios de Sevilla, siempre a* El Programa, *que ya me daba sitio de honor en sus estraordinarios y hasta me encargaba trabajos especiales, al* Noticiero, *a* Andalucía Moderna, *al* Correo de Andalucía. *Pero también el otro seguía enviando lo suyo. Y... Juan R. Jiménez, como yo.*

Mi indignación no tenía límites. Siempre versos o prosas parecídos a los míos. Si yo publicaba un soneto, él otro; si un romance, otro. Y yo creía, es claro, que aquellos versos de aquel otro Juan R. Jiménez le hacían una competencia terrible a los míos, que mi homónimo me iba a oscurecer.

Poco a poco fue desapareciendo el segundo odiado. Alguien creyó y me dijo que se trataba de un curita que me conocía de lejos, de la Universidad, y que se dedicaba así a molestarme y, de paso, a emularme.

Años después, 1902, cuando publiqué Rimas, *y ya viviendo y muriendo yo en Madrid, recibí un día un romance de Juan R. Jiménez ¡todavía! parodiando el mío «Estos crepúsculos tibios», y en la carta firmada por mí (¡qué letra florida!) que le acompañaba, me decía poco más o menos: «Para que usted vea que eso es muy fácil de hacer y que lo hago mejor que usted.» Pero entonces, qué estúpida me pareció la parodia.*

De modo que en la prensa de Sevilla de los años 1894, 1896 existe una «obra poética» paralela de dos Juan R. Jiménez. Pero ya saben los críticos buscones si algún día se deciden a encontrar «aquello», que lo mío era lo peor.

En el primer texto se habla de una imitación de Campoamor y se proporcionan datos teóricamente fiables: *Vinieron a Fuentepiña los hijos de Juan Verdejo y me trajeron el periódico.* Se crea, pues, un indudable tono de verosimilitud, aunque no se recuerde el título de la publicación (los dos primeros, *La Saeta* y *Sol y sombra,* son reales; el tercero es una burla).

En segundo texto, fragmento de uno mayor que se titula "Juan R. Jiménez y Juan Renjifo Jiménez", también es verosímil. Esta vez es el propio poeta el que descubre *su* firma. No sabemos cuál ni cómo era el poema, pero sí el diario, *El noticiero sevillano,* y se documenta mínimamente al autor: *un curita que me conocía de lejos, de la Universidad,* incluso llegaría a escribirle. Tal vez por esto último Juan Ramón sabe que su competidor se llama Juan Renjifo Jiménez.

Era preciso reconstruir la historia. Para ello había que acudir a la colección de *El noticiero sevillano.* Tardó en aparecer, pero ahí estaba el poema "El cohete" que Juan Ramón afirma haber enviado "como respuesta". Se publicó el 16 de marzo de 1899.

EL COHETE

Ligero se eleva
cual sierpe inflamada
con leve silbido;
parece una bala
partiendo las sombras,
que al ser desgarradas,
arrojan su sangre
en hebra de grana;
semeja un lucero
que súbito vaga
dejando los aires
estela de plata...
detiénese un poco,
vacila y estalla;
raudal esplendente
de azules bengalas,
de blancos diamantes,
de rosas doradas,
de lluvia de perlas,
de estrellas y lágrimas,
que luego se tornan
en verdes cascadas,
anega el espacio
de luces y galas;
la turba lo mira
con grito entusiasta...
mas ya su luz bella
confusa se apaga;
ya apenas se alumbra,
ya rápida baja,
ya llega a la tierra,
y al choque, mil ascuas
aun tenues fulguran,
se pierden, se inflaman;
ya solo en un punto
de luz; después... nada.

Así son de breves
las glorias humanas;
cruzando fugaces
los cielos del alma,
deslumbran, atraen,
y ciegan y arrastran...
mas ¡ay! cual cohetes
qué pronto se apagan!

En la misma sección "Hoja de versos", normalmente incluida en la segunda página del diario, se publica tres días más tarde, el 19 de marzo de 1899, otro poema firmado Juan R. Jiménez, esta vez sin título:

Un ruiseñor, fascinado
por las gracias de una rosa,
todas las noches constante,
le cantaba su pasión;
la rosa lo desdeñaba,
sin oír la triste queja
que entre lágrimas salía
de su ardiente corazón.

Cuando la luna de plata
asomaba tras los montes,
él iba, amoroso y dulce
sus tormentos a cantar;
y posándose en el cáliz
de la flor de duro pecho
daba sus notas más tiernas
queriéndole enamorar.

Una aurora sonrosada
en que más triste que nunca
le pedía que lo amase
para acabar de sufrir,
la pérfida flor, ingrata,
rompiendo su blando pecho
con una punzante espina
lo vio apenado morir.

Trémulo, frío, expirante,
de sangre el cuerpo bañado,
aún trinaba el lastimero
esta canción de su amor:
—No me ha matado la espina;
muero transido de pena,
¡ay! recordando afligido
la ingratitud de mi flor.

Al mes siguiente, aparece el tercero y último poema publicado en *El noticiero sevillano* con la firma Juan R. Jiménez. Antes del 16 de marzo de 1899 nunca tal nombre se había impreso en dicho periódico. He aquí el poema del 16 de abril:

EL NIÑO HUERFANO

Del huerfanito me acerqué a la cuna
y tranquilo dormía;

mas, su rostro de nieve, reflejaba
amargura infinita.

¿Turbaría algún mal su dulce sueño?
¿Adivinó tal vez el pobrecillo
que se quedaba solo por el mundo
sin regazo, sin nido?

Estuve junto a él breves instantes
mirándolo en silencio;
me dio pena de verlo triste y solo,
y en su frente de nácar dejé un beso.

Tendió alegre los brazos, aun dormido,
sonriendo gracioso como un ángel...
Quizás ¡ay! al sentir mi ósculo ardiente,
pensaría en su madre.

¿Es "El cohete" obra de Juan Ramón o será el poema escrito por Juan Renjifo, dando pie al de Moguer para enviar al periódico *"Un ruiseñor, fascinado..."*? Pero, ¿quién sería entonces el autor de "El niño huérfano"?

Personalmente me inclino por considerar los tres como poemas de Juan Ramón Jiménez. Expongo mis razones para cada caso.

"El cohete". Es el primer texto firmado Juan R. Jiménez en *El noticiario sevillano,* lo que parece avalarlo como de Juan Renjifo. Pero es raro que Juan Ramón se confundiera en el título de unos versos suyos; es más fácil trastocar las fechas. Así, en el texto "Juan R. Jiménez y Juan Renjifo Jiménez" (en una parte no reproducida aquí) sitúa su llegada a Sevilla a sus quince años, lo que es exacto, pero habla de 1894 en lugar de hacerlo de 1896. Creo, además, que el poema es suyo porque posee estructura fabulística, al igual que varios de los publicados en la revista *Vida nueva* durante esos mismos meses. La relación de los poemas "Vanidad", "El cisne", "Plegaria" y "Egoísmo" con la tradición fabulística creo demostrarla en mi artículo "Sobre la formación ideológica del joven Juan Ramón Jiménez", que aparecerá en el número dedicado al centenario del poeta por la revista *Archivo Hispalense.* "El cohete" es un poema más de la serie de fábulas que da a conocer entre marzo y octubre del año 1899.

"Un ruiseñor, fascinado...". Este poema es claramente coampoamorino. Puede decirse de él que es *una imitación de una cursilería de Campoamor, dulzona, redicha,* como el propio Juan Ramón dice en el texto recogido por Francisco Garfias. Podrían, por lo tanto, estos versos, ser obra de Juan Renjifo. Sin embargo no lo creo así. El seis de marzo de 1899 (trece días antes que éste) otro poema se había publicado, con la firma Juan R. Jiménez, en un diario que sabemos "habitual" del de Moguer: *El correo de Andalucía.* Nunca Juan Ramón ha denunciado ninguna colaboración equívoca en ese periódico, al contrario. El poema del día 6 de marzo se titula "La espina" y su tema es prácticamente el mismo que el de *"Un ruiseñor, fascinado..."*, aunque se sustituya el pájaro por la mariposa.

LA ESPINA

Bella, gentil, sencilla mariposa,
vagando una mañana entre las flores
se prendó de una fresca y linda rosa,
y en ella fue a libar con sed de amores.

Entre los blancos pétalos cubierta
una espina rasgó su piel dorada,
cayendo la infeliz al suelo muerta,
por el dolor horrible atravesada...

El placer nunca existe sin espina,
y el que vive a sus goces entregado,
cuántas veces termina
en ser por la punzada destrozado.

Hay un progreso temático desde "La espina" a *"Un ruiseñor, fascinado..."*: se desarrolla la imagen del enamoramiento y se suprime la moraleja, pero ambos poemas son, sin duda, del mismo autor.

"El niño huérfano". Puede este texto relacionarse también con otros juanramonianos de la época. Tiene particularidades métricas, pero el tema no puede extrañar en el autor de "Los niños abandonados", poema de *Rimas*, y otros de *Ninfeas* y *Almas de violeta*.

No he hallado en sitio alguno referencias a Juan Renjifo Jiménez. En la Universidad de Sevilla nunca se matriculó, como parece decir Juan Ramón. Sí, en cambio, me llamó la atención que, el 21 de abril de 1899, *El noticiario sevillano* publicó un poema titulado "Tenacidad" y que firmaba Juan R. Ramírez. El poema no disuena junto a los juanramonianos, al contrario, hace cierto el irónico comentario de nuestro poeta: *ya saben los críticos buscones si algún día deciden encontrar "aquello", que lo mío era lo peor.*

TENACIDAD

Miré un momento al sol; y cuando luego
aparté de él mi vista,
en todo sitio donde la fijaba
un sol radiante como aquél veía.

Cerré entonces los ojos, ofuscado,
y, al abrirlos de nuevo,
había huido la visión de luces
y no me molestaban sus reflejos.

Miré sus ojos negros un instante;
después quise olvidarlos;
mas...! inútil empeño! día y noche
delante de los míos van flotando.

Los cierro a veces para ver si huyen;
pero es invención vana...
El sol se fue; sus bellos ojos siguen
brillando de continuo ante mi alma.

Este es el becqueriano poema de Juan R. Ramírez. Si entiendo bien lo sucedido, siendo ambos jóvenes y casi desconocidos, no extraña que a Juan Ramón le incomodara que otro publicase en el mismo periódico con firma tan similar a la suya. La confusión podía ser fácil. Juan Ramón Jiménez decidió no volver a publicar en *El noticiero sevillano,* según deduzco de que ningún poema suyo volviera a ver la luz en tales páginas. Tal vez la carta de protesta a la que alude le cerró la posibilidad.

Más tarde vendría la literatura, la invención de un nombre (¿Qué poeta iba a esconder un apellido de tanta solera como Rengifo tras una R., para destacar el Jiménez?) y la elaboración del texto.

A Juan Ramón, en el fondo, le hubiera gustado que las cosas hubiesen sucedido como las cuenta en cualquiera de sus dos prosas. A nosotros lo que nos gusta es haber visto la literaturización del hombre, su hacerse texto, como tantas veces ocurre en nuestro poeta.

Jorge Urrutia

Universidad de Sevilla